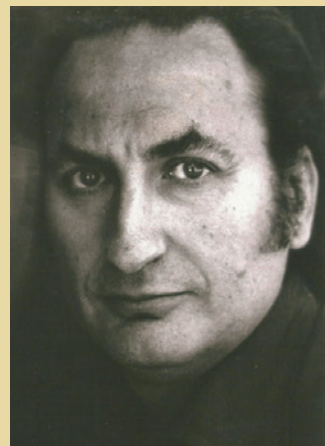
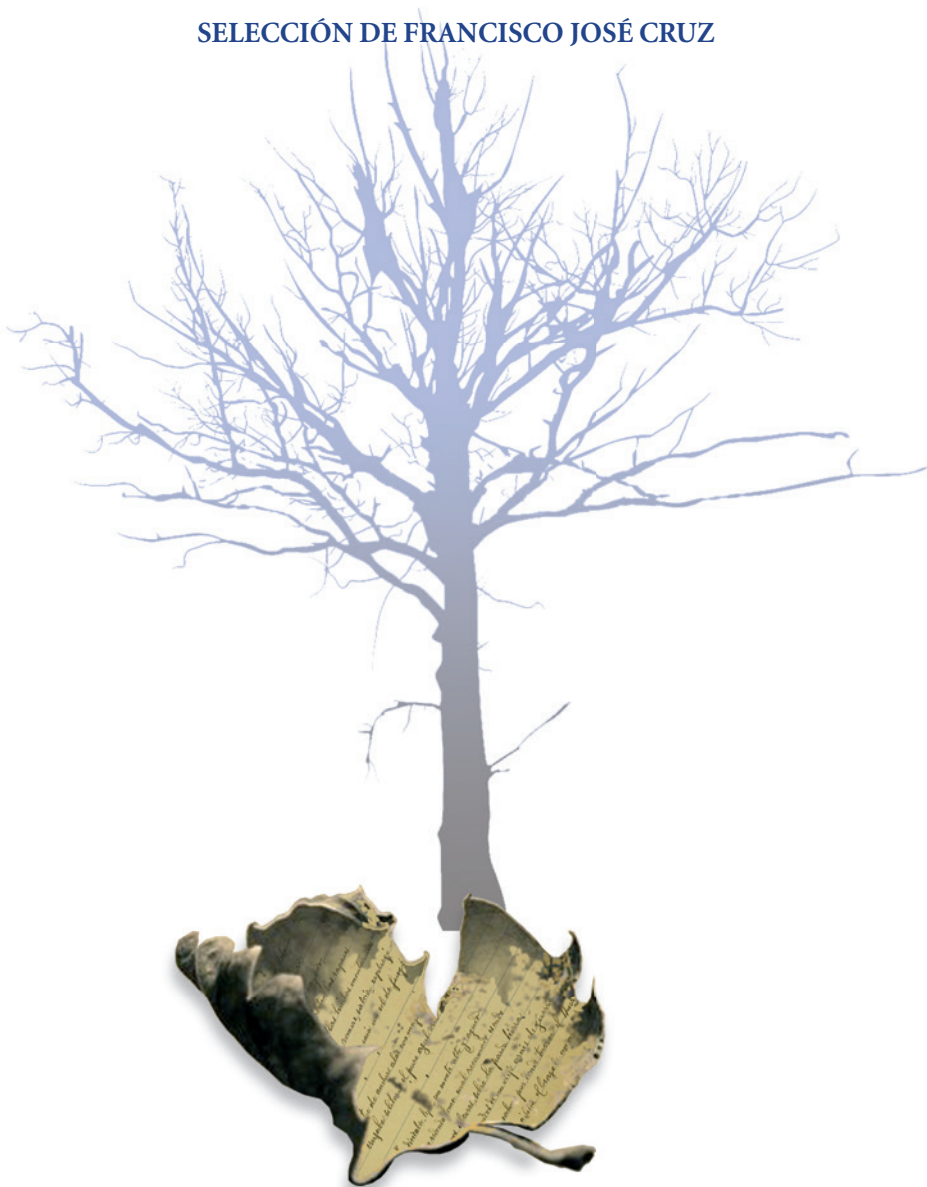


LA PALABRA EN EL TIEMPO

Antonio Requeni

SELECCIÓN DE FRANCISCO JOSÉ CRUZ



©Ricardo Juan

Antonio Requeni (Buenos Aires, 1930) pasó los primeros años de su infancia en la ciudad española de Valencia y, ya de vuelta en la capital argentina, cursó estudios en la Escuela Normal de Profesores «Mariano Acosta».

Ejerció el periodismo durante cuarenta años en *La Prensa* de Buenos Aires y colaboró en diarios, revistas y medios audiovisuales nacionales e internacionales para los cuales entrevistó a numerosas personalidades del mundo de la cultura.

Desde 1998 es miembro de número de la Academia Argentina de Letras y con posterioridad, correspondiente de la Real Academia Española. En 2004 fue designado miembro de número de la Academia Nacional de Periodismo.

Recibió diversas distinciones como el Gran Premio de Honor de la Fundación Argentina para la Poesía (1984) y el Gran Premio de Honor de la Sociedad Argentina de Escritores (2010). El gobierno de Italia lo condecoró en 1994 con la Orden de *Cavaliere Ufficiale*.

PALIMPSESTO

Colección de Poesía

Dirección:

Francisco José Cruz

Coordinación Editorial:

Rosario Acal

Diseño:

Carmen Herrera Romero

Edita:

Excmo. Ayuntamiento de Carmona
Delegación de Cultura

Redacción:

San Juan Grande, 26 - Teléfono 95 419 04 18
41410 - CARMONA (Sevilla)
palimpsesto1990@gmail.com

Administración:

Biblioteca Pública *José María Requena*
C/. Domínguez de la Haza, s/n.
Tfno. y fax 95 419 14 58 - biblioteca@carmona.org
41410 - CARMONA (Sevilla)

Fotocomposición, Fotomecánica e Impresión:

INGRASEVI, S. L. - Políg. Ind. El Pílero, calle Esparteros, 2
Tfno. 95 419 06 89 - Fax 95 419 07 01 - 41410 - CARMONA (Sevilla)

I.S.B.N.:

Depósito Legal:

SE - ____ - 2017
IBIC - DCF

LA PALABRA EN EL TIEMPO

Antonio Requeni

SELECCIÓN DE FRANCISCO JOSÉ CRUZ



P A L I M P S E S T O

blanca

ESBOZO PARA UN AUTORRETRATO

El poeta Francisco José Cruz me ha pedido que redacte una reseña autobiográfica. Aunque la tarea no es fácil ni cómoda, trataré de complacerlo.

Nací el 8 de setiembre de 1930 en Buenos Aires. Pasé los primeros años en Valencia, la ciudad de mis padres, y fui bautizado, junto con mi hermano mayor, en la antigua iglesia de San Esteban, donde el Cid casó a sus hijas con los Infantes de Carrión. En Valencia nació mi hermana María Teresa. Antes de que estallara la Guerra Civil todos estábamos otra vez en Buenos Aires, donde nos radicamos definitivamente. Si nos hubiéramos quedado en España y mi destino hubiera sido, allí también, un destino de poeta, formaría parte de la generación poética a la que dio en llamarse «los niños de la guerra». Siempre me consideré un hijo de la poesía española.

Cursé los estudios en Buenos Aires. Un día, tendría diez u once años, la maestra nos pidió que escribiéramos una composición sobre el tema «La tapera». Cuando me devolvió mi trabajo subrayó una frase que todavía recuerdo: «Ranchito que te vas cayendo, terrón a terrón, en el silencio de los campos verdes». Al entregarme el escrito me dijo: «Tú eres un poeta». Yo le creí. Y así comenzó mi historia literaria.

Pocos años después, tendría trece o catorce, Gandolfo, el profesor de física –recuerdo que usaba quevedos– nos mandó

redactar un trabajo sobre las leyes del péndulo. Yo, que ya soñaba ser escritor y creía que escribir bien era escribir en difícil, en lugar de poner que el péndulo se movía de derecha a izquierda, puse que se movía «a diestra y siniestra». Gandolfo me devolvió la hoja y con lápiz rojo escribó: «No haga literatura». Fue mi primera gran lección.

En el último año del bachillerato tuve como profesora de psicología y lógica a Aurora Bernárdez, futura esposa de Julio Cortázar, con la que mantuve después una cordial amistad, y como profesor de literatura a un exquisito poeta, González Carbalho (firmó todos sus libros omitiendo el nombre de pila, José). Pertenecía a la generación de Borges, pero Borges opacó a todos sus contemporáneos. González Carbalho, que fue muy amigo de García Lorca y Neruda, me estimuló y guió mis lecturas. Me enseñó a amar a los clásicos y a hacer sonetos tomando como modelo los «Sonetos espirituales» de Juan Ramón Jiménez. Muy generosamente, prologó mi primer libro, aparecido en 1951, de cuyo nombre no quiero acordarme. Tiempo antes había conocido a un joven estudiante de medicina –amigo de un amigo– con quien una noche mantuve una larga conversación. Tenía tres años más que yo. Hablamos mucho de poesía y fue él quien me recomendó leer a Pedro Salinas, que yo no conocía. Nunca más lo volví a ver. Su nombre: Ernesto Guevara de la Serna. Hoy el mundo lo conoce como el Che Guevara.

Otro inolvidable encuentro: González Carbalho me presentó a Rafael Alberti en una galería de arte donde éste exponía sus «liricografías». Desde entonces lo visité con frecuencia. El gran poeta fue siempre cordial conmigo, aunque sin abandonar cierto aire patriarcal al que, por supuesto, tenía derecho. Quise mucho a María Teresa León, su esposa, excelente prosista y una mujer de una sencillez y simpatía encantadoras. En cuanto a Aitana, la hija de ambos, era una chiquilina bonita y muy despierta que ya escribía hermosos versos y, curiosamente, prefería mostrármelos a mí antes que al

padre. Cuando los Alberti dejaron Buenos Aires para radicarse en Italia, en 1962, sus amigos les ofrecimos un banquete en el restaurante del Automóvil Club Argentino y yo lo despedí en nombre de los poetas jóvenes argentinos. Frecuenté, asimismo, a otro exiliado, el dramaturgo catalán Jacinto Grau (contemporáneo del otro Jacinto), por desdicha bastante olvidado en España. También conocí a otros poetas españoles a su paso por Buenos Aires, como Dámaso Alonso, al que acompañé varias tardes por las calles porteñas, y a Carmen Conde, con la que conversé largamente en el hotel donde se alojó. En 1959 hice una investigación periodística sobre Miguel Hernández, en Orihuela, cuando pocos en España lo conocían. Recorrí además casi todos los lugares en los que vivió Antonio Machado, incluido Rocafort, el pequeño pueblo valenciano donde residió durante la guerra.

Después de mi primer librito publiqué tres más que, piadosamente, me propuse olvidar y retirar del catálogo de mis obras. A fines de dicho decenio hice un viaje iniciático por Europa que se prolongó prácticamente un año (de febrero a diciembre). Dicho periplo amplió mi visión del mundo y marcó un cambio en mi vida y en mi poesía. No me identificaba entonces (tampoco ahora) con la obsesión transgresora de las vanguardias. Me mantuve siempre dentro de la tradición de una poesía accesible; de un verso que, sin traicionar mi fidelidad a ciertas estructuras clásicas y a los eternos temas de la condición humana, se manifestara con una narración y un vocabulario actuales. Siempre quise lograr una armonía entre el sentimiento que, creo, no debe faltar en el poema, y un lenguaje trabajado con rigor estético.

En 1958 empecé a trabajar como periodista, profesión que le hizo mucho bien a mi poesía; me enseñó a mirar más el mundo exterior (hasta entonces había sido muy introvertido), así como la síntesis y la precisión en la escritura. Al periodismo también le debo haberme ganado la vida escribiendo, que era lo que más me gustaba. Gracias al periodismo

viajé por el mundo y entrevisté a relevantes personalidades; si menciono premios Nobel debo nombrar a Pablo Neruda, Miguel Ángel Asturias, Camilo José Cela y Gabriel García Márquez. Entrevisté también, varias veces, a Jorge Luis Borges, el Nobel que no fue. Publiqué una decena de libros de versos, uno de crónicas de viaje, otro sobre la *petite histoire* de la vida literaria de Buenos Aires desde los años de la Colonia; otro de artículos y reportajes y un libro de cuentos para niños: *El pirata Malapata*. Algunos de esos volúmenes tuvieron la suerte de ser distinguidos con importantes premios. En 1998 me designaron miembro de número de la Academia Argentina de Letras y, posteriormente, miembro correspondiente de la Real Academia Española. Además, soy miembro de número de la Academia Nacional de Periodismo. Durante algunos años trabajé para la Oficina de Turismo de la Embajada de Italia, lo que determinó que me invitaran a ese país no menos de quince veces. Escribí mucho sobre sus paisajes y costumbres, lo que me valió una condecoración del gobierno italiano.

Me casé a los 36 años con una profesora de castellano y literatura. Tengo dos hijos y cuatro nietos que me han hecho muy feliz viéndolos crecer.

«Qué extraña máquina el hombre –escribió Nikos Kazantzakis–. Usted le mete pan, vino, carne, pescado, verduras, y salen suspiros, risas, sueños, poemas». En los últimos tiempos escribo cada vez menos y he adquirido la mala costumbre de envejecer, pero trato de hacerlo serenamente.

Si después de morir llegara al Reino de los Cielos, si Dios abriera la puerta y me preguntara qué hice en la vida, le respondería que muchas veces dudé de Él, pero creí en Shakespeare y en Mozart, que lloré cuando murieron Alonso Quijano, Jean Valjean y el Capitán Nemo; que disfruté leyendo a Garcilaso y Quevedo, a Darío y García Lorca, a Borges y Neruda; que me conmovieron las notas como lágrimas de Federico Chopin y las humanas y melancólicas peripecias de Chaplin; que el amor me dio momentos de feliz intensidad; que me atrajo

la ternura de la mujer y detesté el fanatismo de los hombres; que quise mucho a los míos, a mi familia; que tuve maestros y amigos a quienes admiré por su inteligencia, su cultura y su sentido del humor; que experimenté la emoción del tiempo y de la historia en algunos lugares a los que viajé; que me bañé en el mar de Ulises, que en Italia contemplé arrobado el genio de Miguel Ángel y mi alma se arrodilló en Collioure, ante la tumba de Antonio Machado; que celebré la Naturaleza y el incesante misterio de la Vida; que respeté y traté de no herir involuntariamente a los demás. Por último, le mencionaría los títulos de dos o tres poemas de entre los muchos que escribí. Podría decirle otras cosas, pero lo más probable es que me quede callado.

ANTONIO REQUENI
Buenos Aires, noviembre de 2016

blanca

LA PALABRA EN EL TIEMPO

blanca

«Ni mármol duro y eterno,
ni música ni pintura,
sino palabra en el tiempo».

ANTONIO MACHADO

blanca

CEMENTERIO DE CASTELNOVO (VALENCIA)

Vine a buscar mis nombres anteriores,
a desandar mi edad entre las tumbas
suaves y amenas de este cementerio.
Mareas de nostalgia me han traído
a descifrar los hondos resplandores
que alguna vez cruzaron
el mediodía oscuro de mi sangre.
Vine a buscar antepasados dulces,
calmosos bajo el sol y gustadores
de azahares y pinos.
Vine a buscarme entre estas simples cruces,
a recorrer el tiempo, a recorrerme.
Ellos están allí, del otro lado
de donde estallan flores
y el agua se sonríe. No me entienden.
Yo sin embargo los distingo, nítidos;
descubro un hilo tenue que me enlaza
con los tatarabuelos de mi canto.
Creo escuchar sus voces, me parece...
Pero ellos ya no son, yacen dormidos.
Duermen del otro lado del recuerdo,
confundida su nada entre inscripciones
con viñetas de musgo.
Y yo que vine a rescatar mensajes
que aclarasen enigmas de mi vida,
traspasado de ausencia me sorprendo,
como si entre las lápidas llorase
la joven luz, como si de improviso
las venas se me hubieran marchitado.
¿Pudo ser que estas muertes me vaciaran
hasta opacar mi voz, antes dispuesta

a celebrar azules y palomas
que contemplaron mis antepasados?
¿Estoy ya muerto en otra edad, caído
junto a sombrías fuentes y amapolas?
Respiro la humedad, su hiedra fría
que ya me invade la mitad del pecho.
Hacia la tierra siento que me arrastra
esa raíz oculta que nos une.
(¡Hacia vosotros voy! ¡En un abrazo
tan largo como Dios nos fundiremos!)
Nada queda de mí, sumiso huésped
de la desolación y la ceniza.
Solamente mi voz se yergue apenas.
Únicamente soy estas palabras.

TOLEDO

Es inútil.
La piedra sigue en pie.
La piedra que se fuga hacia lo alto.
Vanamente los siglos se enardecen
contra el orgullo de una altiva torre
a la que nada importa.
En vano arañan, muerden, roen. Nada
pueden contra su pecho endurecido
o su frente lunar, tras la que velan
leyendas y recuerdos.

Su nombre es soledad y reciedumbre.

(A sus plantas un río hace memoria
de desdeñosas ninfas y pastores
mientras el aire en los follajes canta
con la melancolía de las églogas).

No, nada puedes, Tiempo.
Sigue imantando la ciudad el mismo
cielo que contemplaron unos ojos
alucinados, místicos, dolientes.
Y está el inquisidor, triunfa en su oficio
el ángel ciego de la intolerancia.
Pegadas a los muros cruzan sombras;
un árabe camina hacia el recinto
de las sapientes, lánguidas delicias.
Pasa un judío de ojos cautelosos.
Un caballero se arrodilla ahora
ante la muerte, con la mano al pecho.
Tiempo, todo es inútil.
Con catedral de lágrimas, callejas,

mansiones y sepulcros y murallas,
con escudos labrados y aldabones,
toda piedra en pie, Toledo sube,
se desprende del mundo, el cielo gana,
y en un pavor de eternidad se arroja
hacia arriba, más alto.

SANTIAGO DE COMPOSTELA

La piedra se alza, la piedra vuela
tras la brumosa, suave garúa,
mientras camino por una rúa,
por una rúa de Compostela.

Gozan mis ojos la impar delicia
de las callejas y las mansiones,
el gris gastado de sus blasones,
la aérea mole catedralicia.

Van los turistas y feligreses
bajo paraguas –flores oscuras–;
viejas beatas, jóvenes curas,
Babel de lenguas, rumor de preces.

Sombras que rondan las Platerías,
muertos del Campo de la Quintana,
y alguien que mira por la ventana
pasar los siglos como los días.

El alma antigua de la ciudad
es un pabilo que tiembla y arde.
Arrodillada, reza la tarde.
Aire mojado de eternidad.

Voy por la rúa con soportales
de adusta y grave melancolía,
pensando en Valle y en Rosalía
(oigo campanas de Bastabales).

Santiago de hondas voces secretas,
rosa imprevista de mi destino;

soy caminante, soy peregrino,
el más humilde de los poetas.

Voy caminando por Compostela.
Cae la garúa. La piedra vuela.

NOCHE EN EL COLISEO

Sumido en un rincón,
bajo la quieta sombra,
mis ojos se descriñen, buscan signos
con que ordenar columnas y blasfemias,
cadáveres de días, confinadas
memorias que se agolpan en la noche.
Cerca, sobre una piedra, alguien sentado
fuma en silencio y en el aire el humo
dibuja la palabra soledad.
Galerías, escombros, hueco horrible
donde se consumó la ceremonia,
donde se acompasaron chabacanas
aclamaciones con fragor de muerte;
las insaciadas fieras, los esclavos,
el estupor, la ejecución, el crimen,
y la estrofa entonada por los labios
estremecidos del hermafrodita
cuyas delgadas venas se encelaban
ante el sudor que descendía, obsceno,
sobre los pectorales del atleta.
Pétreo corola sostenida
por una eternidad de oscuros tallos:
¿Sientes el tiempo? ¿Esta fría luna
que te cubre es acaso una mortaja?
¿Vibras aún? ¿Perduran tus recuerdos
en la piedra o existen solamente
dentro del corazón que dicta ahora
estos frágiles versos, como el humo?
La borrada inscripción del epitafio
junto a los violentados corredores
o la medalla que se halló en el polvo
con su perfil difunto.

Pleamar de la historia, nombres, cifras
que alimentan la letra de los textos;
todo ello está aquí, frente a mis ojos,
y a un cigarrillo lento que dispersa
copos de tenue niebla silenciosa.
La fría luna insiste, empecinada,
sobre la ceguedad de los escombros
por los que un infinito escarabajo
va cruzando los siglos.

MAR AZUL DE CAPRI

Vienes a mí, sensual y fascinado
te instalas en mi pecho, me agasajas
con espumas y zumos luminosos.
Luego, entre absortos pinos,
cantas. Tu ardiente voz se acuerda
al ritmo puro, diáfano del día.
Ante los ojos que ensanchó el arrobo
cuelgas después estatuas, capiteles
en flor, dorados frutos.
Y te hundes en mi carne melodiosa,
mi carne ya sin culpas ni agonía.
Eres el mar, el mar azul de Capri.
Grutas, rocas traslúcidas,
barandales del sueño.
Quiero despreocuparme, estar a solas
contigo, mar, hasta el instante
en que mi eternidad se funda con la tuya.
Oh voz, secreta voz, no me repitas
que hasta las lágrimas se secan.
No me digas: –el Tiempo. No pronuncies
el nombre exacto y duro de la muerte.
Quiero seguir aquí, junto al encanto
de un suavísimo aroma, entretejido
de jardines y músicas,
bajo la luz latina, enamorado.
Quiero tu resplandor y en él quedarme
inventando la vida, ser el niño
que se inventa a sí mismo en una fábula.

HOSPITAL DE LA CIUDAD UNIVERSITARIA (PARÍS)

El poeta está en el hospital.
Por los abiertos ventanales mira
el esplendor, la gloria de un verano
que lastima sus ojos.
Tiene ante sí una taza y un pan.
Entre sus dedos desmenuza las migas,
las ablanda
mojándolas en el tazón, y luego,
a una señal que dibujó en el aire,
desde la fronda vienen los gorriones
a comer en su mano.
Hacia la cama va después. Se hunde
entre almohadas y sábanas solícitas.
Vela en la cabecera el crucifijo.
Multiplican el tedio los espejos.
Su única distracción es, nuevamente,
entretener sus ojos en los brillos
de una copa con agua.
Silencio. Los minutos se escurren.
Del pasillo llegan débiles ecos.
De improviso,
alguien que se incorpora quiere hablar.
Lo contemplan. Lo escuchan.
Es el hermano negro; cuenta historias
del Senegal, la caza de elefantes,
los ídolos, las danzas, los rituales frenéticos.
Y sus palabras se abren como flores purpúreas.
Prosigue dulce, tímidamente lento,
el hermano amarillo de Vietnam.
Dice en su lengua: «madre», «libertad», «esperanza».
Luego, con nobles gestos de levedad graciosa,

imita los saludos, los exquisitos hábitos
de las gentes que pueblan su país.
Alguien entonces interroga al poeta.
Éste se yergue. Tose. Les sonrío. Parece
que fuera a hablar –sus labios se han movido
imperceptiblemente–, pero hay en su garganta
un denso mar que crece y que lo ahoga.
(Todos siguen el curso de una lágrima
que baja por su rostro, lentamente).
Alguien vuelve a insistir.
Y el poeta comienza: «En Buenos Aires...»

PEQUEÑA ODA A MARCEL MARCEAU

Hombrecito caído de la luna,
mudo Pierrot con ojos asombrados
por los que ríe y llora el universo;
juglar de Dios con tu corona o halo
(una flor de papel en el sombrero).
Los edificios bailan a tu alrededor
mientras tú vas, alegre y vagabundo;
escalas sueños, atravíasas,
deseoso de amor, humildes calles,
siempre provisto de sonrisas
y de globos azules por si acaso
un niño se cruzara en tu camino.

Caro Marcel:

la poesía se instala en tu alta frente
de tulipán bañado en albayalde.
En tu locuaz silencio
se esconden luminosos yacimientos de música,
y alojado en tu pecho
un corazón de vidrio del que brotan
los colores del día.

Caro Marcel: París tiene mil rostros
y todos ellos uno solo: el tuyo.

ANTE UNA TELA DE VAN GOGH

(OTERLOO, HOLANDA)

A través de las fibras transparentes del aire
te miro crepitar, ebrio y violento
señor del infortunio, combatiente impetuoso
que bajo el sol morías de vida, desangrándote.
Borbotones de sangre y nada más tus colores.
Alta sangre amarilla; verdes, rojas, azules
efusiones de un llanto sumergido
en el del pecho, oscuro pozo.
Aquí estás, frente a mí. Este mínimo espacio
brotado de tu fiebre me golpea,
mi retina enceguece, y por ocultas vías
del corazón me inunda de una infinita lástima.
¡Oh dios tan tercamente enamorado de su fuego!
¡Cómo ansiabas amor! ¡Cuánto clamabas
ternura! ¡Con qué exaltada angustia torturaste
las inocentes formas de la tierra!
Sé que te fue preciso transitar sueños rotos,
fracasar entre seres y litúrgicas lágrimas
hasta morir, exangüe, tal la piedra que rueda
ciegamente empujada hacia el vacío.
Mas también sé que fueron la zozobra y la ira,
el dolor, la miseria, la locura y el vértigo,
las afiladas sendas que Alguien puso en tu alma
para que al transitarlas arribaras a este
vivo trozo de tela; encendida victoria
que ahora miro, habitante de otra luz en el tiempo.
Tú seguirás ardiendo más allá de mi trémula
espuma de palabras, por encima del viento
que apagaré mis ojos. Solitario y altivo,
seguirás invadiendo con colores, con vida,
la nada y los escombros de los siglos futuros.

LOS BARCOS DETENIDOS EN LA NOCHE

«Una geografía de sueño,
una historia de magia fue»

JORGE CARRERA ANDRADE

Voy por la orilla de mi río, vuelvo
a caminar junto al rumor nocturno
del agua, por el estuario donde tantas veces
se encendieron mis ojos de avidez y nostalgia.
Me atraían los barcos, su perfil detenido.
Entresonaba fascinantes costas, presentía
sobre mi piel la luz de otras edades,
amables formas, mármoles vetustos.

(Trasponer el umbral del horizonte.
Viajar. Ser un poeta migratorio
por comarcas y rostros de mujeres;
registrar arco iris y palomas
en el leve inventario del poema)

He aquí que mis ojos hoy regresan.
Los barcos como antaño se recortan
sobre la noche impávida.
Todo está igual. ¿Pero yo soy el mismo?
Ebrio de idiomas, puertos, catedrales,
viví. Era en mi sangre un tiempo
de episodios gozosos.
Pude hundirme en colores, afincarme.

Recuerdo ahora un cementerio humilde
donde oí resonar el infinito.
La emoción del arribo y el dolor de partir.
No sé, jamás estuve muy seguro
de que la realidad me acompañara.

Hoy, en el mismo sitio
de mis antiguos sueños
miro la lejanía y me pregunto:
¿Estuve allí? ¿Fue cierta la caricia
de unos días ociosos, bajo cielos
con señales distintas?
Indago entonces, busco en mis bolsillos;
hurgo en los pliegues del recuerdo
y rescato una flor, una flor seca
que llevo hasta mis ojos. La contemplo.
Luego la arrojo al agua.
Flota un instante, desfallece, se hunde
la extinta flor de haberme enamorado.

INVOCACIÓN AL TIEMPO

Brizna de voluntad e incertidumbres,
temblor entre dos pausas infinitas.
Solo eso soy, un desamparo, un grito,
una segura muerte que te invoca
en tanto tú me roes o acaricias.
Otros buscan a Dios. Yo a ti te busco.
Quisiera descifrarte entre tañidos
y números de arena. Desearía
llegar a ser esa columna rota,
la calcinada fronda que contiene
la eternidad en su dormido otoño.
Sé que en mí alientas, pero no hasta cuándo.
Mientras tanto gobiernas el desgaste
de mi nombre rozado por las fábulas
y eres el centro taciturno
de la pura alegría.

Sobre mi piel el peso de tu tacto.

Te vislumbro rigiendo los meteoros,
las lentas migraciones, los sutiles
vínculos del amor —ígneas sustancias,
revelación suprema de los cuerpos—.
Violador infecundo, tú destruyes
lo que fue regocijo, sed, nostalgia.
Rama que se levanta y da su fruto,
tú la inclinas después hacia el olvido.
Plantas, rocíos, encendidas médulas,
van a poblar, cadáveres, tu imperio.

Eres lo único que existe.
Más allá de las lámparas extintas
y los desiertos astros.
Más allá del espacio sorprendido
donde el silencio es una rosa entera.

LOS NIÑOS

Los niños juegan en el patio. Habitan
la estación del prodigio, nombran mundos
donde discurren tremolantes ríos,
dibujados jardines venturosos.

Ellos únicamente
merecen la amistad de los colores
que la luz nos regala; solo ellos
alzan palomas, dictaminan lluvias
y escriben mariposas en el aire.

Vienen de Dios.

Solo ellos lo conocen.

Por su nombre que inventan cada día

Dios desciende a nosotros.

Avezados en ciencias encendidas
juegan con la verdad que han descubierto
en una pompa de jabón, más bella
que las mentiras con que sueña el hombre.

Los niños juegan. En el patio brilla
su guirnalda de rondas, y esas voces
el polen son de una más alta música
que se derrama, alegre, por el tiempo.

DOS CANCIONES MÍNIMAS

EL PEZ Y LA LUNA

Había una vez
un pez.
Un pez en una pecera
–cerquita de la ventana–
que miraba para afuera.
¿Era noche? ¿Era mañana?
No supo el pez lo que era.
Pero allá, alta y lejana,
creyó ver otra pecera.
¿Era la luna o no era?
Y se dio a pensar: tal vez
nadará en ella otro pez
cerquita de otra ventana.
Copo azul. Fruto. Químera.
Pompa de jabón liviana,
y una sutil filigrana
de colores en su esfera.
El pez pensó: si pudiera...

EL BARQUITO EN LA BOTELLA

El barquito en la botella
navega un sueño que guía
la brújula de una estrella.

Entre olas de utilería
busca el refugio de un puerto
fuera de la geografía.

El pobre barquito, tuerto
de un ojo de buey, no puede
luchar contra el mar incierto.

Mar de vidrio, mar adrede
para que el triste barquito
nunca avance, nunca ruede.

¡Perderse en el infinito!
Los vientos de la botella
ahogan su débil grito.

Y sobre su arboladura,
más allá, sin dejar huella,
se hunde en otra mar oscura
la lágrima de una estrella.

SONETOS DEL AMOR

1

En la alta noche yazgo desvelado
oyendo el habla musical del viento
cuando la urgencia de tu nombre siento
subir del pecho al labio enamorado.

¿Cuál fuera la razón? ¿Qué fundamento
establece tu nombre así acordado
con el aire que canta a mi costado
y embellece el oscuro pensamiento?

Siento mi voz colmada de infinito.
Celebrante nocturno cuyo rito
es pronunciar el nombre de su amada.

Y me doy a soñar bellos paisajes;
la luna derramada entre ramajes
o tu pelo en el lino de la almohada.

2

Qué frágil suena en este mediodía
la empecinada fronda que te llama
y cómo de sus notas se derrama
la paz serena que ennoblece el día.

Qué motivo cordial el que te envía
aquel pájaro gris desde la rama,
en cuyo ardor parece que declama
un verso que no es verso todavía.

Todo es nostalgia, amante, por tu ausencia;
complicidad que acrece mi vehemencia
y se resuelve en curso de canciones.

¿Cómo no he de invocar tu advenimiento
si me acompañan en mi antiguo intento
el rumor de la fronda y los gorriones?

3

(PIRIÁPOLIS)

Aquí, entre la fragancia de los pinos
y el copioso silencio, el amor crece
como esa hierba malva que florece
al costado de todos los caminos.

Cerca está el mar. Sus labios cristalinos
dicen un nombre que nos pertenece:
felicidad, felicidad... Parece
multiplicarse el aire en surcos finos.

El fluyente milagro nos transita.
Basta una flor, la flor más pequeñita,
para que nos miremos con temblor.

Y hasta el insecto cuyo nombre ignoro
y brilla al sol como una chispa de oro,
comparte nuestro amor.

4

Te quiero con temblor de lentos ríos,
con madurez de júbilo y con llanto,
con mi sed, que se ahonda cuando canto,
con mi razón, entre mis desvaríos.

Con mi muerte en los huesos, con mi vida,
con mi sangre que irrumpe y que te nombra
sobre el haz del poema, con mi sombra
donde baila una luz entremetida.

Te quiero en la costumbre de mis gentes,
con mis calles, mis árboles y fuentes,
con lo que soy, exalto y enumero.

Fluyo hacia ti y en tu delirio me hundo.
Y es a la vez conmigo todo el mundo
el que te quiere porque yo te quiero.

5

Ahora que estoy vivo y estás viva
palpo tu piel, te nombro a dentelladas,
nuestras bocas se baten como espadas,
ya viaja por tus besos mi saliva.

Como aquel barco ebrio, a la deriva,
mi instinto roza orillas encantadas.
Oh penínsulas trémulas, oh radas
en donde anclara la pasión altiva.

Qué delicia iracunda esta de asirte
y, sorbo a sorbo, recorrerte, amarte,
para después en lo más hondo herirte.

¡Oh cuerpo! ¡Oh luz! ¡Verdad en que me alojo!
Estoy en ti, soy como el sol que parte
la mar en dos con un espasmo rojo.

JUANITO LAGUNA

Mirad dentro del marco;
la osamenta, el residuo
y el mosquerío asiduo
del yuyal junto al charco.

Allí está con su hambruna,
soñando en otra cosa,
la infancia en gris y rosa
de Juanito Laguna.

El Bañado de Flores
es el mundo. Sus casas
tienen luz y agua escasas,
humillación, dolores.

Pero Juanito canta.
Pero Juanito juega.
Se hunde en el agua ciega;
ve una flor, la levanta.

Si no tiene un juguete,
sabe, humilde operario,
con dos hojas de diario
armar un barrilete.

Barrilete que sube
semejante a su sueño
hasta flotar, pequeño
vecino de la nube.

En las tardes tranquilas
visita a los cirujas

cuyos cuentos de brujas
le ensanchan las pupilas.

Y en noches con murmullos
su corazón sencillo
se abre al canto del grillo
que se esconde en los yuyos.

Así es Juanito, apenas
un niño en el Bañado,
un ser ya lastimado
por futuras condenas.

Él nada sabe. Y canta.
Él nada sabe. Y juega.
Se hunde en el agua ciega.
Ve una flor. La levanta.

LA POESÍA

Temblorosa, como una flor desnuda,
te descubrí en la infancia. Simplemente
un susurro, un aroma por la frente,
tu luz en mi palabra ciega y muda.

Como quien ama y con su amor se escuda
de la monotonía de la gente,
conmigo te llevé secretamente,
razón del sueño entre mi fe y mi duda.

Fuiste el misterio y la belleza, todo
lo que en tu nombre amé y hoy es el modo
de una nostalgia que a vivir me ayuda

cuando abro un libro y vuelves, temblorosa
—susurro, aroma, luz, desnuda rosa—,
con Garcilaso, Rilke, Banchs, Cernuda.

HIJO QUE LLEGAS

Voy hacia ti, criatura, estoy naciendo
desde mi cuerpo antiguo, flagelado
por azotes de oscuras rebeldías
y engaños y derrotas deplorables.

Voy hacia ti, nombrándote en la sombra
donde hay mares que crecen y te acunan.
Quiero verte, aferrarme, ser yo mismo;
vivir, al fin, contigo, en la esperanza.

¿Cómo me mirarás? ¿Tendré el coraje
de contemplar de frente tu inocencia?
¿Me extenderán tus manos el indulto?
¿Borrarás mi pasado para siempre?

Un día amé la soledad, fui náufrago
entre flores y símbolos de espuma.
Luego vino el amor y torpemente
lo deshice de a poco entre los dedos.

Quizás, para salvarme del oprobio,
es que sembré en el surco de tu madre,
para que tú y para que yo nacióramos
a otra verdad más vasta y luminosa.

Tú me darás la vida, hijo que llegas;
me ayudarás a desterrar mis culpas
y a ser puro otra vez, como aquel niño
que fui, que me contempla todavía.

JUGABAS EN EL PARQUE

Jugabas en el parque y de repente
alzaste distraída la mirada
donde vi, como en una luz mojada,
las formas de otro parque diferente.

Senderos, flores, arboledas, fuente
nacían de tus ojos y ya nada
era verdad sino la reflejada
allí, bajo la espuma de tu frente.

Vi una lluvia sin fin de mariposas,
un tobogán con ángeles, destellos
de un rocío celeste entre las cosas.

Y yo también en el cristal profundo
de tus ojos me vi, niño que en ellos
iba de nuevo descubriendo el mundo.

UN PÁJARO

«Podemos llamar Dios al sentido
de la vida, al sentido del mundo»

WITTGENSTEIN

Desde su frágil pecho un manantial
se abre en cauces de luz por su garganta.
Es el canto de un pájaro que canta
en un parque vacío y otoñal.

No se conmueve nadie. Siempre igual
el sueño de la piedra y de la planta.
Ninguno oye el milagro que levanta
su melodía inútil e inmortal.

En Buenos Aires, la ciudad querida,
flota, y es una gracia inadvertida
la parábola ardiente de esa voz.

¿Es el canto de un pájaro? Quién sabe...
Acaso no es un canto ni hay tal ave.
Quizá nos habla en este instante Dios.

PIEDRA LIBRE

El padre juega con sus criaturas.
La cara vuelta contra la pared
y el brazo levantado hasta los ojos,
está contando como si llorara.
Y mientras cuenta sus criaturas crecen,
van por el mundo, suben escaleras,
se enamoran o estudian geografía.
Cuando termina de contar, el padre
entra en los cuartos y revisa muebles.
Apenas ve. ¿Quién apagó las luces?
Su voz, que ha enronquecido, los invita
a dejar de una vez sus escondites.
Y los hijos regresan, jubilosos.
¡Cómo han crecido! Son casi tan altos
como los sueños que en su juventud
solían desvelarlo dulcemente.
¡A contar! ¡A contar! –exclama el padre.
(Los grandes siempre vuelven a ser niños).
Y los hijos se apoyan contra el muro,
hunden la frente entre los brazos. Cuentan.
Y mientras cuentan –once, doce, trece...–
el padre se va haciendo pequeñito.
Cuando terminan de contar lo buscan.
Lo buscan pero el padre no aparece.
Se ha escondido debajo de la tierra.

PERÚ Y AVENIDA DE MAYO

Hombres con negros portafolios
cruzan a paso rápido la esquina.
Otros cambian un rato de su apuro
por el vicio fugaz de una tacita.
Junto al café está el quiosco abarrotado
de diarios con las últimas noticias.
Mira: Miss Universo nos sonrío
desde una tapa de revista.
Mira: brilla una lágrima en los ojos
del ciego vendedor de ballenitas.
Mira: un gorjeo se quedó enredado
en las ramas del árbol, allá arriba.
Pero ninguno mira.
La boca del subterráneo
vomita carne de oficina.

INSTANTE

Gorriones, de salto en salto,
van de la rama al asfalto.
El viento arrastra las hojas
amarillas, ocres, rojas.
Alguien echa el corazón,
dentro de un sobre, al buzón.
Los dedos entrelazados,
pasan dos enamorados.
(Yo miro desde el zaguán,
cómo vienen, cómo van).
¡Cuánta poesía aún le queda
al país de la vereda!
Dichosa complicidad
del poeta y su ciudad.
En la calesita suena
la canción de María Elena.

NARANJERA DE ASUNCIÓN

De tus manos descienden, lentamente,
doradas serpentinadas, naranjeras.
La piel de tus naranjas es lo único
que nos sonrío en la Recova Vieja.
Tu piel, la de tu rostro y de tus manos,
un poco más de tierra entre la tierra.
Cada día el oprobio se acomoda
junto a tus ropas desoladas, trémulas,
mientras un río de hojas y ladridos
lame tus pies descalzos y se aleja.
Silencio más dramático que el grito.
Ojos que hasta las lágrimas desdeñan.
Yo estoy aquí, mirándote, y no sé
si la naranja que ahora despellejas
es solo un fruto o es tu corazón
que se desprende de tu cuerpo y sueña.
Virutas de la piel de tus naranjas,
guirnaldas que decoran la miseria,
tal estos versos que, impotente y triste,
escribo ahora en un lugar de América.

MUSEO DEL ORO DE BOGOTÁ

Entra al Museo y mira.
Máscaras, tiaras, brazaletes, túnicas.
Ajuar para las danzas del amor
o los conjuros de la muerte.
Último resplandor del infortunio.
Hojas del árbol de oro de la noche.
Deseñidos relámpagos. Votivas
cicatrices de un fuego sepultado
en el oscuro olvido en que se alberga
un inaudito pueblo de cadáveres.

Ellos también nos miran ¿no lo adviertes?
Ellos, los muertos, sucios, masacrados
en mitad de la orgía melancólica.
Ellos: rapsodas, tañedores, brujos
con coronas de plumas y esmeraldas,
los guerreros impúdicos, altivos,
y princesas de cuellos imperiales.
(Así los vio el conquistador ilustre
Don Gonzalo Jiménez de Quesada).
Son ellos, sí, los muertos. Y nos miran.
Pero aún no sabemos entenderlos.
Nos detenemos ante un vaso, un arma,
un talismán, un peine, un espejito
—la sangre fue lavada con esmero,
ni una gota de barro los salpica—,
y nos deslumbra el sórdido retablo.
Membranas de oro. Filamentos de oro
Lágrimas de oro. Genitales de oro.
Rico botín para el coleccionista.
¿No oyes un grito dentro de la sangre?
¡Sal del Museo! ¡Vamos! ¡Apresúrate!

¡Huyamos de una vez de tanto escándalo!

Pero ellos nos esperan en la calle.
Los muertos –otra vez– que se acucillan
en el margen más triste del destino
y, miserables, rondan nuestro tiempo.
¿No los ves? Aquí están. Pero están vivos.
Es esa vieja indígena que ahora
miras comer de un tacho con basuras;
es este niño de ojos remotísimos
que viene de otro reino y te suplica
una moneda, un simple pedacito de cobre.

NIÑO DORMIDO EN UN ZAGUÁN DE AMÉRICA

Acurrucado como un feto
duermes en un zaguán. Es la alta noche
del silencio y la cólera que suben
por tus tobillos, tus rodillas sucias,
a la playa sin nombre de tu rostro.
(Tras el párpado, el glóbulo inocente
es una isla a la que nunca llegan
princesas, ciervos, arco iris, garzas).

Tu camisa dormida se estremece.
¿Y si escribieras una carta a Dios?
Pero no, aunque supieras, ¿para qué?
¡Has recibido ya tantos portazos!

Mientras te miro cambias de postura
y una mano febril, ciega, entre harapos,
se revuelve escarbándose los huesos.
Niño dormido, carne corroída
por la gangrena del desdén, es cierto
que para ti soy un extraño
—pálido ser que exhibe en su corbata
la prolija explosión de la ignominia—,
pero hoy preciso de tu caridad.
Ten compasión de mí porque yo solo
sirvo para vivir entre palabras,
y como y duermo y gasto inútilmente
mi juventud buscándome en preguntas.
Hoy tengo, niño, sed de tu piedad
para sentirme un poco más humano.
Indiferente, en un zaguán, dormitas,
y el mundo se hincha y desfallece

cuando respiras; mísero cachorro,
tenue resaca, espuma de la noche.
Hasta que el alba arroje a tu costado
sus monedas de luz y las recojas
para comprarte una ración de olvido
o un cucurucho de calientes lágrimas.

MANUEL CASTILLA, ANOCHE

Anoche soñé que estaba en Salta
con mis amigos Sylvester, Adet, Jacobo Regen,
e íbamos, silenciosos, en un tranvía al cementerio.

(Ya sé que en Salta no hay tranvías,
pero siempre hay tranvías en mis sueños).

De repente lo vimos ahí, junto a nosotros.
La risa como un pájaro se enredaba en su barba
y sus ojos brillaban con la luz de otro mundo.
—Pero cómo, Manuel, sentado en el tranvía;
debías de estar allá, donde íbamos a verte.
El Barbudo reía, reía y nos miraba
burlón, hasta que al rato compuso sus facciones
y con voz ronca y dulce
nos habló de las nubes que deslizan
sus lentas catedrales por el cielo;
del verano que inunda
los cerros de fragancias y libélulas,
y del néctar secreto de una copla
que dijo, paladeando sus cadenciosas sílabas.
Yo, tenso, lo escuchaba
igual que aquella tarde en la que tuve
intuición de la magia; aquella tarde
entre azahares y las mariposas
de diciembre y el vino y las pavesas
de sus palabras chisporroteantes.
Volví a encontrarlo anoche.
Mis amigos también, pero es posible
que ya estuviesen habituados (Salta
es mitad tierra y mitad alma y sueño).
La última imagen fue la de su risa:

una suave luciérnaga apagándose
en el monte velludo de su cara.
De pronto no lo vi. Eso fue todo.
El tranvía seguía su rumbo al cementerio.

CARTA PARA ALEJANDRA PIZARNIK EN EL PAÍS DE LA INOCENCIA

Querida Alejandra: Hoy estuve caminando por tus calles, esas calles que nos vieron andar juntos hace más de veinte años. Éramos muy jóvenes. Vos, una chiquilina de pelo rubio y ojos claros, ensanchados por el asombro, te parecías a Alicia en el País de las Maravillas. Hablábamos de poesía sin que el tema se nos acabara nunca. Hablábamos también de seres cuyo descubrimiento y amistad te iban enriqueciendo. Recuerdo tu fascinación ante los paisajes perturbadores que te invitó a transitar el pintor Battle Planas. No olvido tu deslumbramiento ante la sabiduría humilde y el halo de santidad que parecía desprenderse de nuestro admirado Antonio Porchia. Te veo aún subyugada por la personalidad de Arturo Cuadrado, a quien le faltaba la barba y le sobraba un brazo para parecerse a aquel funambulesco don Ramón María del Valle Inclán; el increíble Arturo Cuadrado, que fue amigo del autor de las «Sonatas» y editó tu primer libro en los años iniciales de «Botella al Mar».

Te veo todavía, Alejandra, por la calle Lambaré, en Avellaneda, donde estaba la casa de tus padres, en cuyo zaguán nos sentamos una noche, de regreso de una reunión literaria, a recitarnos versos. Te evoco por Viamonte, en la cuadra de Filosofía y Letras, especialmente aquella tarde en la que a poco de doblar por Reconquista te detuviste ante los cajones con manzanas de una frutería expuestos en la vereda, y tanto te maravilló la presencia carnal de una manzana, su rojo brillante, su aroma con reminiscencias de Paraíso y de pecado, que te apoderaste de ella y saliste corriendo –yo contigo– mientras el frutero, advertido del hurto, levantaba su puño amenazante y nos insultaba desde la puerta de su negocio.

Aquello fue una travesura de niños. Yo entonces no lo era tanto, pero tu compañía, Alejandra, tenía la virtud de devol-

verme a la atmósfera inocente y alegre de la infancia. Éramos dos hermanos unidos por comunes hallazgos e ilusiones a quienes no consiguen separar, con el tiempo, temperamentos o convicciones distintas. Porque en materia de poesía los dos seguimos caminos opuestos. Yo opté por la comunicación y el sentimiento –un día me dijiste, sonriente, que era un sentimental sin remedio, un poeta de otra generación que moriría aplastado por una lágrima–. Vos elegiste el camino más arduo y oscuro, el más alucinante y angustiioso, el de aquellos poetas abismales y reveladores que ofendieron su destino en el altar de la poesía y se quemaron en su fuego.

Cuántas veces hablamos sin discutir jamás –¿Te acordás, Alejandra?– en tu pequeña habitación de la calle Lambaré, y después, cuando te mudaste a Montes de Oca, en Barracas, en aquel otro cuartito atiborrado de libros, afiches y collages. Recuerdo un gran cartel en el que aparecía Gerard Philipe mordiendo un libro. Por aquella época me confesaste tu amor por el actor francés y me envidiabas porque en mi próximo viaje a París tendría oportunidad de verlo. Gerard Philipe murió cuando yo llegué a la ciudad inteligente y supongo cómo habrás sufrido al recibir la noticia.

El relato de mis andanzas parisinas avivó más aún tu deseo de vivir en la capital de los poetas y marchaste hacia allí un año después. Conservo tus cartas con sus renglones de letra menuda, infantil, y sus viñetas de muñequitos encantadores. En París conociste a Simone de Beavoir y a Sartre, a Octavio Paz y a otros grandes nombres de la literatura universal, pero como aquel Malte Laurids, de Rilke, intimaste también con la soledad. La soledad ya no te abandonaría nunca.

En una de esas cartas me dijiste en francés: «je ne desire qu'un ange». Deseabas un ángel porque vos también eras un ángel. Pero un ángel exiliado, desterrado, o para decirlo mejor: descielado. Y porque eras un ángel, decidiste un día regresar al mundo mágico de la noche sin tiempo y la verdad sin memoria. Es decir, el reino de la inocencia, donde no caben ni la memoria ni el tiempo. Pero antes de dejarnos nos entregaste

tus pequeñas palabras, las desoladas y luminosas señales con las que aún sigues nombrando el misterio que canta en el rojo brillante de una manzana o acecha desde un frasquito con píldoras de seconal.

De entre esas palabras. quiero recordar las de un poema que me regalaste, manuscrito, al poco tiempo de conocernos, en aquellos días en los que caminábamos juntos las calles de tu adolescencia. Cuando las escribiste tendrías solo veinte años y ya alentaba en esos versos la Alejandra lúcida y al mismo tiempo sombría, dura, torturada, que fuiste en la última época. El poema no tiene título sino esta dedicatoria: «Antonio: entonces el ángel que firma con mi nombre me dictó este poema para ti». Y los versos son éstos:

*Afuera hay sol.
No es más que un sol
pero los hombres miran
y después cantan.
Yo lloro debajo de un suspiro.
Yo agito pañuelos en la noche
y barcos sedientos de realidad
bailan conmigo.
Yo oculto clavos
para escarnecer a mis sueños enfermos.
Afuera hay sol.
Yo me visto de cenizas.*

Afuera sigue saliendo el sol, Alejandra, para alumbrar las mentiras que no quisiste aceptar. Vos, del otro lado, del lado de la verdad, de la inocencia sin tiempo y sin memoria, quizás estés ahora ofreciéndole a un ángel parecido a Gerard Philippe aquella manzana que una vez hurtaste en un raptó de poesía.

(1974)

ESE HOMBRE QUE ESCRIBE

¿Escribir o vivir? Acaso viva
mucho más ese hombre que ahora escribe
solo en su cuarto, con furor, insomne,
unos cuantos renglones azarosos.

La hoja en blanco lo invita a la aventura,
le hacen señas de fuego las palabras
que ordena y copia, corrigiendo un bosque,
tachando una ciudad, adjetivando
con un nuevo fulgor lo que antes era
torpe y vulgar, oscuro, indiferente.

Del otro lado, por la vida –dicen–,
transcurre el tiempo, el ruido, la rutina.
Allí, entre las paredes de su cuarto;
allí, entre las paredes de su cuerpo,
él elige escribir, asume el riesgo
de perecer o descubrir la cifra
de su destino oculto en las palabras.
Porque solo por ellas ese hombre
que escribe está viviendo y tal vez viva
más allá de la muerte.

PRIMERA CANA

Es nada más que un hilo blanco, una pálida hebra entre la urdimbre de otras hebras oscuras, pero se encrespa y resiste cuando el peine pretende nivelarla, confundirla con las demás. Es solamente una hebra blanca, pero se sabe invulnerable, como que la he conquistado con mi vida, con muchos años de dudas, equivocaciones, compañías luminosas, soledades, esperanzas. Es mi único y verdadero patrimonio. No pienso, pues, dilapidarlo. No la cubriré con obscenas tinturas, no la arrancaré con unas pinzas ni voy a echarla al aire. ¿Cómo podría albergar tanta soberbia? Este hilo tenue, este delgadísimo filamento –tibio suspiro o resplandor lunar– guiará desde hoy mis pasos, tirará de mí hacia lo que aún queda de mí, me recordará constantemente lo que soy y lo que he sido. Súbito río de mi sien. Plateado afluente de mis pensamientos. Metáfora o trofeo de los años. El destino pende ahora de esta hebra que estranguló mi juventud.

GERIÁTRICO

Todo está en orden:
las paredes asépticas,
el puntual almanaque,
los exactos latidos del reloj.
Una mujer de blanco les sonríe
mientras ellos deambulan
entre escarchadas toses y jadeos
o miran desfilan mundos extraños
en la pantalla del televisor.
Uno hace un solitario con los naipes.
Otro, con un pañuelo, frota el vidrio
de sus anteojos, lento, ensimismado.
Alguno se dirige
hacia la habitación en donde, a oscuras,
da de comer a sus recuerdos.
Toman el té a las cuatro.
La cena es a las siete.
A las ocho se acuestan.
Ella siempre está allí, los acompaña.
A veces les da un beso,
una caricia helada, maternal,
y ellos se quedan quietos,
dormidos como niños.

CUERPO

«Corps, mon vieux compagnon, nous périrons ensemble.
Comment ne pas t'aimer, forme a qui je ressemble.
Puisque c'est dans tes bras que j'entreins l'Univers».

MARGUERITE YOURCENAR

Hemos llegado, viejo compañero,
a esa línea de sombra tras la cual, algún día,
deberemos rendirnos a la ley implacable.
Tal vez nos separemos o, abrazados,
juntos seamos destruidos
mientras la indiferencia majestuosa
del sol y el mar, la flor y las abejas,
devane el oro eterno de la vida.
Pero hoy estamos como siempre, juntos.
Aún nos une el milagro,
la suprema alegría de sentir el deseo,
de jugar a vivir y prolongarnos
en hijos y palabras. Todavía
seguimos de este lado de la tierra,
ardiendo en el impulso y la fatiga,
en el prodigio inmenso
de ver, oír, tocar, ir a las cosas.
Hermoso ha sido el viaje
hasta este límite de sombra.
Una puerta se abre a otra aventura,
a una incierta región en la que un día
entraremos fundidos, con los ojos
abiertos, lentamente,
junto a las hojas descompuestas,
insectos y detritus. Contigo
como siempre, mi viejo compañero,
hasta no ser ya más, nunca, en el mundo.

TEORÍA DE LA RELATIVIDAD

(A.E.)

Mirado desde atrás parece Dios.
Su blanca, alborotada cabellera,
va de un extremo al otro
de la noche que imita una pizarra.
Cielo rectangular donde dibuja
la ecuación algebraica del misterio.

De su tiza los signos y los números
crecen y se procrean –multiplican–
o se separan con dolor –dividen–
para unirse, quizá, en el infinito.
Luego se asoma al cero de la nada
y de su pozo extrae constelaciones
de ignotas «x» y encendidos múltiplos.

¿Oír la melodía
que embelleció la noche de Pitágoras?

Embriagado de amor, el viejecito
sigue de espaldas conjurando el caos,
aboliendo el azar con el exacto
rigor y la metáfora del número.
Pero llega al final y se detiene.
Exhausto y tembloroso, mira ahora
la pizarra nocturna, el arduo espacio
donde atisbó su alma lo Absoluto.
Después se vuelve hacia nosotros.
Vemos manchas de polvo cósmico en su traje
y una estrella apagada entre los dedos.
Pero de frente no parece Dios.
Sus ojos tristes
son demasiado humanos.

POESÍA-FICCIÓN

Los poetas trabajan en sus laboratorios.
Encerrados en cápsulas asépticas
piensan el mundo, se concentran, dictan
a un grabador palabras en cadena
que generan minúsculos escándalos.
Por túneles de vidrio se encaminan
luego al salón de datos donde cambian
cómplices guiños, fórmulas sutiles,
sonrisas llenas de sabiduría.

Afuera están los miembros de la tribu.
Una manada de rinocerontes.

LOS INTRUSOS

Otros recorren tus habitaciones.
Voces nuevas dispersan las cenizas
de lo que ya no existe:
el íntimo jardín, la áspera higuera,
en el cristal los flecos de la lluvia.
Julio Verne y Salgari se habrán ido
del viejo altillo de los trastos
y el reloj familiar dará las horas
quien sabe hasta qué mundos
ateridos de escándalos y muertes.
Eras espacio y tiempo. Eras la casa.
Los muebles, los retratos, los espejos,
y una canción que hoy sigue perfumando
los latidos nocturnos de mi sangre.
Otros vienen y van por tus baldosas;
otros pies, otras manos, otros ojos
donde los míos siguen habitándote.
Fuiste la casa de mi infancia.
No serás nunca de ellos, los intrusos.
No alojarán tus patios sino el eco
de mi rencor y mi melancolía.

IMPOSIBLE ESCRIBIR CON TANTO RUIDO

El vocerío de los vecinos,
sus radios y televisores,
no me dejan escribir este poema.
La campanilla del teléfono,
los simulacros de la música,
los relatores de partidos de fútbol,
no dan tregua al silencio.
El estrépito de los automóviles,
los discursos, los bombos, los megáfonos,
se unen al coro tumultuoso
de risotadas y alaridos.
Triviales o terribles decibeles
han invadido el mundo. Y las palabras,
viejas tortugas cautelosas,
esconden sus cabezas, no se atreven
a comer de mi mano.

LA BELLEZA

Maravilloso, eterno, inagotable
fulgor de la verdad, luz compartida
por la efímera rosa y por la herida
de amor que alumbra un cuerpo miserable.

Estás en la obsesión inescrutable
de ese hombre que escribe, en la embestida
ciega del escultor que no trepida
en golpear a la piedra para que hable.

En lo terrible y en lo candoroso
del lento adagio y el color airoso,
en la estrella fugaz, los astros fijos,

y en el puro y alegre centelleo
de la luz que ahora veo
cruzar por la mirada de mis hijos.

SABBIONETA

Piero della Francesca la soñó en un cuadro;
la ciudad ideal, una armoniosa
simetría de espacios y volúmenes
con el hombre por eje y equilibrio.
Ciudad, digna morada para el príncipe.
El palacio de mármoles y estucos,
la iglesia, los jardines para el ocio,
la plaza con su fuente y sus efebos.
Vespasiano Gonzaga, mantovano
—guerrero cruel, poeta taciturno—
fue el hacedor, a fines del Seiscientos,
de esta urbe gentil y cortesana
como su bello nombre: Sabbioneta
(«Pequeña Atenas» también fue llamada).
Por la suntuosidad de sus salones
discurrieron prelados, humanistas,
nobles damas y duros condotieros.
Ciudad abstracta es hoy, su simetría
se amodorra en acordes apagados
que hablan de soledad y desventura.
La injuriaron los siglos y los hombres.
Postrada entre las hierbas,
es ahora un fantasma que tiritita
cuando la tarde, con sus luces últimas,
la arrebujita en un tétrico silencio.
Ciudad-cadáver, su esplendor vetusto
busqué en recintos que se destartalan
con solo respirar. Olvido y mugre
en su Teatro Olímpico y su plaza,
apeadero de carros y camiones.
Sabbioneta:
toda ciudad antigua tiene un alma.

No hallé la tuya. Solo vi, entre piedras
(las que una vez reprodujeron
el torso patriarcal de Vespasiano),
la cucaracha que escudriña el polvo
y el latigazo de la lagartija.

LEOPARDI EN RECANATI

Giacomo, el solitario, el triste adolescente,
está en la biblioteca de su padre.
Famélico de soles, taciturno, los libros
lo alivian del ultraje de su espalda deforme
y unas piernas enclenques que nunca se atrevieron
a irrumpir en el baile popular del villorrio.
Allí estaría Silvia, la hija del cochero
que una vez, sorprendida al pie de la ventana,
devolvió su sonrisa y se alejó cantando.
Giacomo lee, escribe; las palabras indóciles
va ordenando en procura de una imagen exacta,
de esa grata armonía que, negada a su cuerpo,
su soledad mitigue y el dolor de estar vivo.
La cabeza inclinada sobre el papel recuerda
la desnuda colina donde un día su alma
se embriagó de infinito, la luna sobre el pueblo,
un relieve de mármol o una fábula antigua
que la muerte no pudo destruir (¿Solamente
son libres los que mueren?). El maltrecho poeta
deja la pluma y va hacia la ventana.
Recanati anochece, todo está silencioso.
Giacomo, el solitario, el triste adolescente,
de espaldas a sus libros, al poema inconcluso,
se asoma a los cristales y en su rostro dos lágrimas
resbalan como inútiles preguntas.
¿Por qué no vienes, Silvia? ¿Por qué no me sonríes?

POMPEYA, 79

Yo, Sexto Marcio, poeta
cuya obra elogiara el sublime Lucrecio,
me hallaba esa mañana en mi triclinio.
Paciente, concentrado, el espíritu tenso,
escandía las últimas estrofas
de «Invocación a Orfeo», poema vasto y ambicioso.
Zósima, mi mujer, tan hacendosa como necia,
trajinaba entretanto en la cocina.
La oía querellar con criados y esclavos,
y aquel rumor, mezclado al de los cobres
de calderos y pailas, turbaba el silencioso
diálogo de mi alma con la divina Euterpe.
Mas cuando vino Zósima, sonriente, a mostrarme
su obra maestra de repostería,
mi cólera estalló en duros insultos.
¡Déjame en paz tú y tus malditas tortas!
le grité. Y nuevamente ensimismado, absorto,
volví, cálamo en mano, a esa extraña tarea
de urdir analogías y sonoros epítetos.
Las abejas zumbaban y ultrajaban las moscas
las graciosas imágenes pintadas en el muro.
De pronto me fue dado mirar por la ventana
oscurecerse el cielo. El día se hizo noche
y un profundo ronquido o estertor
retumbó en las entrañas de la tierra.
Fui a la calle; todos habían salido de sus casas,
del templo, el lupanar, las termas, el gimnasio.
Oí largos chillidos por la Vía del Foro.
Una lengua de fuego, ávida, enorme, descendía
desde la altura. Recuerdo que mis ojos
se cegaron de golpe. No recuerdo más nada.
Pasaron dos mil años. El olvido es la lápida

que cubre para siempre mi nombre, mis cenizas,
y la adversa fortuna de aquel vasto poema
que hubiera atravesado el fragor de los siglos.
Pero si visitáis las salas superiores
del Museo Arqueológico de Nápoles
podréis ver y asombraros de una rara presencia:
allí están hoy las tortas que, entre restos de cobre,
se hallaron calcinadas en el horno de Zósima.

ISLAS EOLIAS

Vengo del mar color de vino.
En Taormina vi el mágico espectáculo
del sol entre las rocas y a Afrodita
jugando con la espuma iridiscente.
Los dioses me ayudaron a escapar
ileso de las fauces
de Caribdis y Escila.
Ahora voy por la maraña
de las calles de Lípari.
–*Giove, Giunone, vícolo di Venere*–.
Eolo es ese marinero
con la frente surcada de oleajes
que me mira, impassible, tras el humo
de su pipa que borra el horizonte.
Los viejos pescadores no conocen
mi historia de viajero apasionado
por la belleza y la nostalgia, ignoran
mis azaras aventuras
de hoteles y taxímetros
en el país de los feacios.
El tiempo y la memoria me persiguen
y escucho una lejana voz recóndita,
una luz que me atrae hacia su origen.
Pero debo volver a mi ciudad.
Mi nombre aquí siempre sería Nadie.
Mi esposa está esperándome y en tanto
corrige, infatigable, las carpetas
de sus alumnos. Allá están mis hijos
con sus tablets y su computadora.
Debo volver a lo que es mío
antes que el don del sueño se aproxime
con afelpado paso o me seduzcan

con su engañoso canto las Sirenas.
Mi nave me conduce por el mapa
de un intrincado laberinto
donde al final recobraré mi rostro.
Buenos Aires no es Ítaca.
Pero yo soy Ulises.

KADDISH POR UN ZAPATO ROTO

*Entre los testimonios del Museo del Holocausto,
en Jerusalén, puede verse un pequeño zapato
—recogido en un campo de concentración—
que debió de pertenecer a un niño de 6 o 7 años.*

Desde este lado te contemplo.
En tu inocencia, pequeñito náufrago,
el horror y la muerte me hacen señas.
¿Quién te calzó? ¿Dónde tu hermano roto?
Todavía en las grietas de tu cuero
las costras del escarnio, las partículas
del humo y el hollín del crematorio.
Fuiste de un niño, dabas leves pasos
por la vida, quizás hayas pisado
la blandura del césped en los parques,
la rayuela que lleva al Paraíso.
Hasta que un día sostuviste
el temblor de unas piernas esmirriadas,
las de aquel niño frente al ojo oscuro
de un arma y el aullido del soldado.
Luego el vagón, el hambre, los hedores,
las ropas con el número y la estrella,
la servidumbre menos oprobiosa
que la desamparada soledad
con los piojos por únicos parientes.
Ahora estás allí, breve memoria
de una atroz pesadilla. Te contemplo
lejos del tiempo y de las lágrimas,
en tu inocencia, náufrago.
Y quisiera ponerme de rodillas
y pedirte perdón por estar vivo,
porque en unos instantes saldré al mundo
del sol y de los árboles, y acaso
encuentre a un niño en mi camino,
un niño rubio y sonriente,
con los zapatos nuevos.

UNA PIEDRA RECOGIDA EN UNA PLAYA DE CRETA

El don de la vida me ha sido concedido
para estar hoy aquí, para ver este mar
que vieron, como yo, otros húmedos ojos
hace mil, dos mil años,
y alzar entre mis dedos una piedra
desbastada que trajeron las olas
como botín inútil arrancado a los siglos.
¿Qué es una piedra? Nada, nada más que una piedra
a la que fue negada la gracia de vivir.
*(Dichoso el árbol que es apenas sensitivo
y más la piedra dura porque esa ya no siente).*
Nada siente esta piedra y sin embargo
estará cuando todos –tú lector, yo poeta–
no seamos siquiera la resaca
que la espuma abandona en las orillas.
Esta piedra en mi mano, resto fósil del tiempo,
no sostuvo una torre, no fue estatua o palacio,
no dio alegría para siempre, pero
quizás un día Ulises la llevó hasta sus ojos
y distraídamente la devolvió a las aguas
que oscurecieron su color de vino.
O tal vez una noche Kazantzakis
la pisó mientras iba leyendo en las estrellas
el ardiente mensaje que inspiró su epitafio.
Ella es muy poco entre mis dedos, solo
superficie pulida, peso leve: una piedra;
pero en su inerte forma late, oscuro, el enigma
de lo que pasa y lo que permanece.

LAS PALABRAS

«Nunca sabré decirte que te quiero;
un amor sin palabras es el mío»

GONZÁLEZ CARBALHO

La música no miente.
Los árboles no mienten.
Los ojos tristes del animal no mienten.
Únicamente mienten las palabras.
¿Cómo decirte la verdad con ellas?
Quisiera hablarte con los ojos del perro,
dar frutos como el árbol,
llegar a ti con la delicia
y la escondida lágrima de Mozart.
El esplendor de la verdad: belleza
a la que mis palabras, torpemente,
procuran acercarse.
Es imposible.
Nunca sabré decirte que te quiero.

MILAN KUNDERA

Milan Kundera dice que la poesía ha muerto.
Debe tener razón porque ya nadie
(salvo algunos poetas)
acostumbra a temblar con las palabras
en un libro de versos.

Si me lo hubieran avisado
—aunque yo soy su deudo más humilde—,
habría concurrido a las exequias
y dejado una flor sobre su tumba.

Ahora estoy triste, pienso en cuántas veces
ella me hizo feliz, y ya no está.

¿Pero qué hacer si las palabras vienen
por el aire o se trepan a mis piernas?
¿Si las palabras vuelven, temblorosas,
bellas, sensuales, perentorias, mágicas,
y me reclaman una forma antigua
o un resplandor herido de futuro?

Tendré que consultarlo con los pájaros.

EL VASO DE AGUA

Cuando me acuesto, desde que era niño,
pongo a mi lado un vaso de agua.
Al apagar la luz, si lo contemplo
brillar en la penumbra, me imagino
que el agua es otro nombre de mi madre
y estoy seguro de que, ya dormido,
alumbrará el acuario de mis sueños.
Sombra, misterio, música nocturna
que bebo a lentos sorbos o me bebe.
¿Eres tú quien me sueña en ese extraño
país donde algún día nos veremos?
¿Dormir es un ensayo de la muerte?
Por las mañanas, cuando me recuerdo,
muchas veces el vaso está vacío.
Y vuelvo, desganado, a la rutina
de calles y de rostros, mientras llega
la oscuridad, el rito silencioso
de llenar nuevamente el vaso de agua
para ponerlo al lado de mis sueños
y saber que allí estás, que me proteges,
que hay algo puro en medio de la noche.

UN DÍA Y OTRO DÍA

Levantarme, la ducha, el desayuno,
el diario, los libros, y a la mesa,
comer y descomer; tediosa empresa
la de una tarde sin proyecto alguno.

Salir, andar, volver, quedarse quieto.
¿Sentarme a ver televisión? ¡Qué espanto!
Esperar, esperar, y mientras tanto
borronear este insípido soneto.

Las horas pasan y no sé qué quiero,
o sí lo sé, pero mejor callarse.
¿Quién me daría lo que ya no espero?

Cansancio, indiferencia o apatía.
Otra vez acostarse y levantarse
un día y otro día y otro día...

OCTOGENARIO

No quiero, no quisiera despedirme
de todo lo que amé, pero es preciso
decirle adiós a la felicidad,
al sol entre las hojas del verano,
a unos versos queridos, a la música,
a aquel niño que fui, aquel muchacho
que anhelaba el amor y los viajes,
el milagro del arte y la belleza.
Estoy viejo, lo sé. ¿Pero estoy viejo?
Los errores del cuerpo lo confirman,
pero mi corazón herido se rebela,
se resiste a pensar que todo acaba,
que está cerca la noche y su misterio,
la nada horizontal, toda la nada,
eso que llaman muerte.
No quiero, no quisiera despedirme
del diario despertar, de la costumbre
del beso de los hijos de mis hijos,
del ser y estar entre la maravilla
y la inconsciencia de vivir. Es cierto,
estoy viejo, lo sé, pero aún me quedan
las palabras que escribo y que me escriben
para decir ahora lo que quiero;
estas tal vez efímeras señales
de un hombre que pasó por este mundo.

GRATITUDES

El bosque, el mar, los pájaros, la estrella,
el olor de la lluvia, los sabores,
el color y el calor de las palabras,
la mirada de un niño, el curso mágico
del río del amor, profundo y dulce;
la noche de los cuerpos, la memoria,
el silencio, la música, la frágil
perfección de la hoja y el insecto,
un violín, una rosa, un epitafio,
el zumo y el fulgor de la naranja,
Garcilaso en el último crepúsculo,
las doncellas románticas de Schubert,
Chejov y Proust, la Yourcenar, Fellini,
San Antonio Machado y Federico,
el sobrio endecasílabo de Borges
cuya cadencia imitan estos versos,
el mar Mediterráneo de mi infancia,
los absortos cipreses de Florencia,
el banco de una plaza en Buenos Aires,
lo que no fue, lo que será, la incierta
razón de lo que nace y lo que muere,
en la piel el secreto escalofrío
del misterio inasible.
El ritual balbuceo del poema.

blanca

ÍNDICE

Esbozo para un autorretrato por Antonio Requeni 5

LA PALABRA EN EL TIEMPO 11

Cementerio de Castelnovo 15

Toledo 17

Santiago de Compostela 19

Noche en el Coliseo 21

Mar azul de Capri 23

Hospital de la Ciudad Universitaria 24

Pequeña oda a Marcel Marceau 26

Ante una tela de Van Gogh 27

Los barcos detenidos en la noche 28

Invocación al tiempo 30

Los niños 31

Dos canciones mínimas

El pez y la luna 32

El barquito en la botella 33

Sonetos

I 34

II 35

III 36

IV 37

V 38

Juanito Laguna 39

La Poesía 41

Hijo que llegas 42

Jugabas en el parque 43

Un pájaro 44

Piedra libre 45

Perú y Avenida de Mayo 46

Instante 47

Naranjera de Asunción 48

| | |
|---|----|
| Museo del Oro de Bogotá | 49 |
| Niño dormido en un zaguán de América | 51 |
| Manuel Castilla, anoche | 53 |
| Carta para Alejandra Pizarnik en el País de la Inocencia | 55 |
| Ese hombre que escribe | 58 |
| Primera cana | 59 |
| Geriatrico | 60 |
| Cuerpo | 61 |
| Teoría de la Relatividad. | 62 |
| Poesía-Ficción | 63 |
| Los intrusos | 64 |
| Imposible escribir con tanto ruido | 65 |
| La Belleza | 66 |
| Sabbioneta | 67 |
| Leopardi en Recanati. | 69 |
| Pompeya, 79. | 70 |
| Islas Eolias | 72 |
| Kaddish por un zapato roto | 74 |
| Una piedra recogida en una playa de Creta. | 75 |
| Las palabras | 76 |
| Milan Kundera. | 77 |
| El vaso de agua. | 78 |
| Un día y otro día | 79 |
| Octogenario | 80 |
| Gratitudes | 81 |

COLECCIÓN

PALIMPSESTO

TÍTULOS PUBLICADOS

1. ALBANO MARTINS
Vertical el deseo
Traducción de A. M^a García López
2. JOSÉ JUAN TABLADA
Un día ... / El jarro de flores
3. ANTONIO PORCHIA
Voces
Selección de Francisco José Cruz
Texto preliminar de Roberto Juarroz
4. ROBERTO JUARROZ
Poesía vertical. Dieciséis poemas
Estudio preliminar de Laura Cerrato
Epílogo de Jorge R. Padrón
5. EUGENIO MONTEJO
Adiós al siglo XX,
precedido de El taller blanco
Entrevista de Floriano Martins
6. JAVIER SOLOGUREN
Poemas
Prólogo de Jorge Rodríguez Padrón
7. JUAN SÁNCHEZ PELÁEZ
Aire sobre el aire
8. ANTONIO RAMOS ROSAS
El arco de hojas
Traducción y entrevista de E. Montejo
9. GUILLERMO SUCRE
La segunda versión
10. RAFAEL GUILLÉN
Doce poemas cardinales
11. **Poesía de la intemperie**
Selección poética de letras flamencas
Edición de Francisco José Cruz
12. ROBERTO JUARROZ
Décimo cuarta poesía vertical.
Quince poemas
Prólogo de Laura Cerrato
13. FABIO MORÁBITO
El buscador de sombras
Entrevista de Francisco José Cruz
14. ANTONIO DELTORO
Poemas en una balanza
Selección y entrevista de F. J. Cruz
15. VIRGILIO PIÑERA
Vida de flora y otros poemas
Selección y prólogo de M. Díaz Martínez
16. HUMBERTO AK' ABAL
Todo tiene habla
Selección de Francisco José Cruz
Prólogo de Mario Monteforte Toledo
17. JOSÉ MANUEL ARANGO
La sombra de la mano en el muro
Antología personal
18. CARLOS GERMÁN BELLI
¡Salve, Spes!
Prólogo y epílogo de Óscar Hahn
19. MARÍA MERCEDES CARRANZA
La Patria y otras ruinas
Selección de Francisco José Cruz
Entrevista de Sandra Martínez León
20. PEDRO LASTRA
Datos personales
Selección y entrevista de F. J. Cruz
21. MARIO RIVERO
Poemas urbanos / Vuelvo a las calles

22. ÓSCAR HAHN
Flor de enamorados
23. CARLOS PEZOA VÉLIZ
La vida es así
Prólogo y selección de Óscar Hahn
24. SERGIO SANDOVAL
Guitarra del horizonte
Prefacio y selección de Eugenio Montejo
25. **Poesía de la intemperie**
Selección de coplas flamencas
Edición de Francisco José Cruz
26. REGINO PEDROSO
El ciruelo de Yuan Pei Fu
Poemas chinos
Edición de Manuel Díaz Martínez
27. ENRIQUETA ARVELO LARRIVA
Caballo de fuego
Prólogo y selección de Miguel Gomes
28. MANUEL ZABALA RUIZ
Biografía humilde
Prólogo de Xavier Oquendo Troncoso
Selección de Francisco José Cruz
29. ELKIN RESTREPO
Una verdad me sea dada en lo que escribo
Antología personal
30. LUIS PALÉS MATOS
Raza y paisaje
Prólogo y selección de Toni Montesinos
31. JOSÉ MANUEL POVEDA
Poemetos de Alma Rubens y otros poemas
Prólogo y selección de Milena Ráquez. Gutiérrez
32. ANTONIO REQUENI
La palabra en el tiempo
Selección de Francisco José Cruz

Se dio fin a la impresión
en la pentamilenaria Ciudad de Carmona
el día 23 de abril de 2017,
en el centenario de la publicación de
Diario de un poeta recién casado
de Juan Ramón Jiménez,
libro que amplía el horizonte de su obra
y refleja la experiencia poética
de su primer viaje a América.

Ha escrito los volúmenes de prosa: *Los viajes y los días* (crónicas de viaje, Premio del Fondo Nacional de las Artes, 1970), *El pirata Malapata* (cuentos para niños, 1974), *Cronicón de las peñas de Buenos Aires* (Primer Premio Municipal de Ensayo, 1984), *Travesías. Conversaciones con Olga Orozco y Gloria Alcorta* (1997) y *Temas y personajes. Papeles de periodista* (2012).

También es autor de las recopilaciones *González Carbalho* (1961), *El libro del padre* (1984) y *25 poetas argentinos. Poesía tradicional. Clásicos y neoclásicos* (2012).

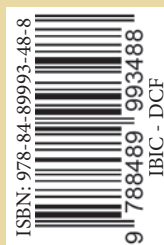
Entre sus libros de poesía destacan *Umbral del horizonte* (1960), *Manifestación de bienes* (Premio del Fondo Nacional de las Artes, 1965), *Poemas españoles* (separata de *Papeles de Son Armadans*, Palma de Mallorca, 1970), *Inventario* (1974), *Línea de sombra* (Primer Premio Municipal, 1986), *Antología poética* (Fondo Nacional de las Artes, 1996), *El vaso de agua* (1997) y *Poemas italianos* (2003).

La Academia Argentina de Letras publicó en 2014 su *Poesía reunida*, en la que se basa la presente antología, primera del autor aparecida en España.

Según Abel Posse, «Requeni es uno de nuestros poetas más libres porque ha sido capaz de esquivar todas las tentaciones de la frivolidad literaria de Buenos Aires. Se supo mantener al margen de las modas, incluso de las políticamente obligatorias, y con una inusual elegancia natural ha realizado su tarea en absoluta libertad. Sus versos han nacido de la necesidad. No salen a buscar lectores sino que los reciben para una convivencia tan intensa y verdadera como las que tuvo el creador al escribirlos».

«Antonio Requeni me ha parecido siempre un poeta desobediente, y releendo ahora su libro veo que mi percepción se parece a la verdad. En una época como la nuestra marcada a fuego por la ruptura formal, él eligió no sentirse obligado por ese mandato de época y ser un maestro del verso clásico. Hizo inevitables incursiones por el verso libre, y demostró que lo usa con solvencia, pero si es cierta aquella frase de Jean Cocteau que dice “donde mejor canta el poeta es en su árbol genealógico”, hay que saber que el árbol genealógico de Requeni entierra sus raíces en la vieja poesía castellana. La procedencia literaria de Requeni saca sus mejores frutos de Quevedo, de Lope de Vega, del conde de Villamediana, de Góngora, y en la disputa española entre Antonio Machado y Juan Ramón Jiménez, él tiene la sensatez de quedarse con los dos».

SANTIAGO SYLVESTER



Excmo. Ayuntamiento de Carmona

32

COLECCIÓN PALIMPSESTO